

F E L I S A

Felisa es gorda, vieja, pesada en sus pasos lentos y desacompañados.

Felisa está cansada, muy cansada.

Pero Felisa está mucho más triste que cansada. Quizá el cansancio de Felisa no sea sino una tristeza honda y redonda que la abarca y la aprieta y le cierra cualquier poro por el que pueda colarse un resquicio de esperanza.

Felisa fue joven, y guapa y según los que la conocieron, dicharachera y jovial.

Felisa fue futuro inmenso, sueños, planes.

Felisa fue ilusión, coraje.

Felisa fue, alguna vez, casi feliz.

Todo eso fue Felisa.

Pero ahora, Felisa siente, adivina (que no es sino imaginar con precisión), que ha llegado al punto de inflexión de la línea de su vida.

Felisa sabe que esto tiene que acabarse.

O él... o ella...

Pero Felisa no puede terminar con la vida de él porque, él, es su hijo. Un chicote de 32 años, que también fue niño. Un chicote al que amamantó, y besó, y arrulló y quiso con todo el amor que sólo una madre puede y sabe poner en su cachorro. Por eso le quiere con el alma y no puede elegirle como víctima.

Felisa tiene la mente nublada (mejor).

Una cortina de lágrimas amargas la ciega impidiéndola ver, pensar.

Felisa ha entrado en una espesa y lúcida ceguera y... comienza a ejecutar el plan, tantas veces presente en su imaginación, sin un asomo de duda, sin la más leve vacilación. Sabe lo que tiene que buscar y dónde encontrarlo.

Prepara su dosis con mimo, con movimientos precisos (como le ha visto hacer a él alguna vez que ha mirado a hurtadillas... -de frente no se atreve-).

Clava sus tristísimos ojos glaucos en la jeringa rellena de lo que ha oído llamar “dama blanca” y sabe que si no se detiene ahora, no se detendrá jamás.

... Y no se detiene...

Le falta práctica para encontrarse la vena pero la suple con la firme decisión de lo que va a hacer.

Clava en el río azul de su brazo ese piquito inofensivo que, recuerda, sirvió alguna vez para curar una pulmonía de su hijo. ¡Qué cosas! ahora va a salvarla a ella.

Felisa piensa : Si he llegado hasta aquí, no puedo dar marcha atrás ... y empuja suavemente el émbolo hasta vaciar dentro de su alma rota todo el cargamento de muerte.

Dicen los que encontraron el cuerpo sin vida de Felisa que, su cara, era lo más parecido a la serenidad.